

Marco Histórico de la Iglesia Latinoamericana<sup>1</sup>.

Presentación.<sup>2</sup>

Teniendo como “hábitat” este mundo, la Iglesia no puede estar ajena a las tensiones, problemas y mutaciones de los tiempos. Todo la atraviesa y la inserta en la Historia de los Hombres.

Dentro de un contexto geopolítico, este documento estudia las tensiones fundamentales que recorren a la Iglesia Católica en relación a su espacialidad concreta.

La Iglesia está aquí, hoy, y percibe que ella ya no es más la “conductora” de los hombres. A partir del siglo XVII, en Occidente, ha quedado relegada a un lugar bastante secundario. Se sintió desplazada y se encerró en una actitud “defensiva”. Olvidó su dinámica. No avanzó al ritmo de los tiempos. No fue capaz de crear sus propias “vigencias”.

Alberto Methol Ferré nos descubre en este compendiado estudio cuál es la posición geopolítica de la Iglesia de hoy y el trascendental rol que le toca vivir, sobre todo en Latinoamérica, si no quiere perder definitivamente -lo que no ha de suceder, pues tenemos la promesa de Cristo- su papel de luz del mundo y sal de la Tierra.

Origen del documento.

Estas breves páginas de Alberto Methol Ferré, sintetizan sus intervenciones en el Seminario Latinoamericano sobre Fe-Política del Secretariado Latinoamericano del MIEC-JECI, realizado en Lima, en agosto de 1973.

Su reflexión profunda y su claro pensamiento nos ayudaron -y pensamos que ayudarán a otros- en la comprensión del misterio “visible” de la Iglesia, afirmando al mismo tiempo nuestra fe y nuestra esperanza en ella. Nos sentimos comprometidos en la búsqueda de su nuevo rostro y en su misión de reunir a los hijos de Dios, dispersos, liberándolos de toda opresión.

Presentación.<sup>3</sup>

La próxima realización del Sínodo de los Obispos ha centrado la atención de los cristianos en torno a lo que será el eje fundamental de la reflexión de la Iglesia en la oportunidad: la evangelización.

Intentar abordar el tema de la evangelización nos conduce ineludiblemente al tema de la Iglesia como mediadora de la presencia salvífica de Cristo en el mundo. La Iglesia en cumplimiento de su tarea evangelizadora no permanece ajena a los constantes cambios por los cuales atraviesa la historia de los hombres, sino que asume las tensiones y los problemas por las que ésta transita, (ver SEDOI – Documentación 2-3, “Algunos aspectos de la evangelización en América Latina”; I.- Visión histórica introductoria, pág. 2).

---

<sup>1</sup> Versión cotejada de las tres ediciones existentes. También disponible la versión original en el archivo.

<sup>2</sup> Presentación correspondiente a la edición del Servicio de Documentación, Documento 8, MIEC-JECI.

<sup>3</sup> Presentación correspondiente a la edición del Servicio de Documentación e Información del Instituto de Cultura Religiosa Superior nro. 4, año I, 1974.

En este sentido, nuestra pertenencia a la Iglesia latinoamericana nos exige situarnos en una perspectiva particular que nace de la historia de nuestros pueblos, a la vez que ubicar exactamente el marco global de nuestra experiencia eclesial.

El trabajo que hoy presentamos, del uruguayo Alberto Methol Ferré, pretende cubrir precisamente el aspecto geopolítico del desarrollo de la Iglesia latinoamericana.

Alberto Methol Ferré, hombre de Iglesia, miembro del equipo teológico-pastoral del CELAM, que como historiador se ha dedicado muy especialmente al estudio de la realidad histórica de la Iglesia latinoamericana, intenta mediante estas reflexiones hacernos descubrir en toda su magnitud el papel que le toca jugar a la Iglesia del continente.

Estas páginas, sintetizan las intervenciones de Alberto Methol Ferré en el “Seminario latinoamericano sobre fe política” (Lima, agosto 1973), organizado por el Secretariado Latinoamericano MIEC-JECI.

El trabajo, aparecido originalmente en el Servicio de Documentación MIEC-JECI, se publica en SEDOI con la correspondiente autorización de su autor.

Presentación.<sup>4</sup>

Este ensayo del profesor uruguayo Alberto Methol Ferré fue publicado por SEDOI-Documentación en su nro. 4, de junio de 1974, edición que se halla totalmente agotada.

Pero su tema y contenido conservan plena actualidad y hasta cierto punto puede estimarse que la misma se halla acrecentada, en vista de la próxima realización de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que se desarrollará en Puebla, México, en octubre del corriente año.

Dicha circunstancia y los frecuentes pedidos que recibimos en demanda de este material, nos han movido a efectuar la presente reedición.

En efecto, el ensayo que hoy reeditamos presenta una valiosa y original visión del desarrollo de la Iglesia latinoamericana en su marco geopolítico, cuyo conocimiento y valoración parecen absolutamente indispensables para plantear con realismo una pastoral evangelizadora de América Latina, en la hora actual y en el futuro próximo, tema que abordará precisamente la III Conferencia Episcopal de Puebla.

El profesor Methol Ferré es actualmente secretario del Departamento de Laicos y miembro del Equipo de Reflexión Teológico-Pastoral, del CELAM.

Buenos Aires, mayo de 1978.

1. El habitat de la Iglesia.

Cuando nos referimos a Iglesia y Mundo, decimos algo demasiado genérico y vacío. “Mundo” quiere decir, ante todo, en el ámbito de la dinámica histórica, el conjunto de los Estados, que

---

<sup>4</sup> Presentación correspondiente a la edición del Servicio de Documentación e Información del Instituto de Cultura Religiosa Superior, nro. 4, segunda edición, 1978.

es donde viven las Iglesias locales, en cuya intimidad el hombre genera cultura, se procesan las luchas de clase, intra e interestatales. No hay historia de la “humanidad” a secas, sino de la humanidad articulada en sociedades políticas, en sociedades globales que designamos como “Estados”. El Estado y sus relaciones con los Estados, es la sociedad más concreta de la Tierra, la más global y la Iglesia, que trasciende la particularidad de los Estados, no tiene otro hábitat que el interior a los Estados. Su modo de ser distinta al Estado, diferente, exterior al Estado, es de algún modo, interior al Estado, tiene efectos en la vida interna del Estado.

No hablamos de Iglesia y Estado en mero sentido jurídico, haciendo una sociología de abogados. No. Los tomamos geopolíticamente, como unidades de vida humana real. Vamos a intentar ver, someramente, cómo la Iglesia se inserta en ese mundo diferenciado y conflictual de los Estados, de los diferentes Estados que estructuran realmente al mundo actual.

En general, predomina una conciencia muy abstracta, y las eclesiologías reflexionan sobre el ser de la Iglesia en sí misma, pero no la toman en su dinámica con las sociedades en que ellas se están realizando y gestando, y así nos diluimos habitualmente en la mera contraposición abstracta de Iglesia y Estado. La Iglesia real, la que existe, la que conocemos y ahora nos importa, es la señalada en los distintos lugares de la Tierra. En ese determinado conjunto de Iglesias locales unidas al Papado, de diferente peso y magnitud y cualidad dentro de los Estados. No hay otra Iglesia que esa. En general, no se piensa la cosa así: se mira a la Iglesia ante todo desde su misterio que se visibiliza en una estructura concreta de localizaciones. Corremos el riesgo de caer en una visión “espiritualista” de la Iglesia, erradicándola así de la historia; y luego exigiéndole que actúe en la historia como Mandrake o Superman, y como esto no es así, nos decepcionamos, cuando deberíamos criticar nuestro propio punto de partida irrealista respecto al ser de la Iglesia.

Si miramos la Tierra actual, podemos hacer una primera y esquemática división en dos grandes zonas: las industriales, predominantes de diferentes formas, y las principalmente agrarias, que quieren industrializarse, fundamentalmente dependientes. A su vez esas dos grandes zonas de “industriales” y “en vías de industrialización”, pueden dividirse en varios subtipos según sus estructuras económico-sociales. Pero no vamos a pormenorizar, para no complicar el esquema desde el comienzo. Queremos dejar solo claras una o dos ideas, que luego, por supuesto, deberán ahondarse y proseguirse.

Las zonas industriales desarrolladas, ya capitalistas, ya socialistas, son las protagonistas de determinantes mayores de la dinámica histórica. Son la zona de “arriba”, aunque ese arriba tome según los Estados que comprende, muy diferentes significaciones. Arriba están los EEUU, Europa Occidental, Rusia y los Estados Socialistas de Europa Oriental, Japón.

Un punto intermedio entre el “arriba” y “abajo” lo tiene China. Y en la zona de “abajo”, del Tercer Mundo, podemos diferenciar a América Latina, el África Negra, al mundo del Islam, a la India y al resto de Asia.

2. Presente: “Toda a Todos”.

En estas dos zonas, la Iglesia, la única que existe, y que no es la de los manuales ni de los tratados sobre la eclesiología, está difundida y repartida de manera muy desigual. En el

“arriba”, es una minoría importante dentro de Estados Unidos, es media Europa Occidental, es una parte ínfima de Japón, es ínfima en Rusia e importante en algunos de los países socialistas de Europa Oriental, y en otros no. En China es pequeñísima. Y en el “abajo” es muy importante en América Latina, reciente y en avance en el África Negra, insignificante en el Islam, creciente pero pequeña en India y el resto de Asia. La importancia de las Iglesias no equivale a la de los Estados en que están insertas, pero tiene una gran relación con ellos. Ese es el mapa de la Iglesia real, de la mundial-local. Puede apreciarse con facilidad que el cuerpo de la Iglesia está operando (y recibe la acción) de situaciones muy diversas y conflictivas entre sí. Todo este entramado complejo y móvil de las Iglesias locales, que se interaccionan de distinto modo, se concentra en Roma, en el Papado, que es como una conjugación de los problemas e influencias de esas Iglesias locales disímiles, y que debe sacar una resultante general unificadora de tantas diferencias.

Todo el conjunto repercute en el centro visible, que debe estar en el esfuerzo incesante de reunificar lo que tiende de suyo a la disgregación. Eso es la condición inevitable de un cuerpo ecuménico, mundial. El centro debe interpretar al conjunto, para mantenerlo y dinamizarlo como conjunto, sin poderse plegar a las necesidades exclusivas de ninguna situación particular: no puede coincidir con ninguna Iglesia local en cuanto tal, pues dejaría de ser así “centro mundializador”. Como se ve es una tarea muy paciente y difícil, pues para conformar a todos no se puede conformar a ninguno plenamente, y la resultante de ese todo eclesial es distinta a cada uno de sus elementos en particular. Pero esa es la totalidad del “pueblo de Dios”, por lo menos el que vemos y del que somos expresamente responsables.

### 3. En el corazón del conflicto.

Esta dinámica variada y conflictual hace que la Iglesia en estos momentos tenga situaciones extremadamente dispares, por ejemplo: habita en zonas urbanas e industriales en Estados Unidos, los católicos son muy importantes en el sindicalismo norteamericano; mientras que en América Latina es principalmente de masas campesinas y tiene escasa incidencia en los ámbitos sindicales. Podría abundarse infinitamente sobre las diferencias. No insistiremos. Podemos tomar varios puntos de vista para comparar, y surgen situaciones muy curiosas pero fundamentales. Por ejemplo: el centro “cultural” principal de la Iglesia Católica es Europa Occidental, y aunque el catolicismo norteamericano está en la potencia mundial mayor, es intelectualmente, culturalmente, dependiente del centro europeo. Y esto nos alerta contra todo “mecanicismo”. En Europa, por ejemplo, Alemania, el catolicismo fue minoritario desde el asentamiento de la Reforma, pero en la segunda guerra mundial, al partirse Alemania en dos, la Alemania Oriental quedó con población luterana, y la parte occidental quedó con protestantes y católicos por mitades, y eso varió totalmente la correlación que había existido durante siglos.

### 4. ¿Europea o Universal?

Estos pocos ejemplos son solo para dar una idea de la complejidad mundial de la Iglesia Católica. Pero, debemos advertir que no es una “complejidad amorfa”, sino que tiene su propia lógica y su propia estructura, a pesar de todo. Cualitativamente, el centro europeo ha sido determinante de la vida de la Iglesia hasta hoy. Para bien y para mal. Desde que Jesucristo lanzó a sus apóstoles en el Imperio Romano, en núcleo fundamental de la Iglesia visible ha sido

Europeo. Y eso es lo que hoy está dejando de ser. Ahora, por primera vez en la historia, la Iglesia empieza a tener una realidad mundial efectivamente. Lentamente. Por otra parte ha variado el rol mundial de la propia Europa, que de generadora de la historia mundial desde el siglo XVI; desde 1945 ha pasado a ocupar una posición secundaria, y el centro ha pasado a Estados Unidos y Rusia. La primera, una potencia principalmente protestante, la segunda una potencia marxista o griega-ortodoxa en su Iglesia local cristiana. Y esto tiene muy hondas consecuencias.

Importa señalar que no existe una correspondencia de mero paralelismo entre el rol mundial del Estado norteamericano, y de su Iglesia católica local. En la historia, el que una potencia sea dominante no implica que todos sus elementos internos participen de igual modo. El dominador también, por otra parte, irradia sus propias contradicciones. De manera que no es cuestión de tratarlo todo de modo homogéneo, convirtiendo la idea de dominación en mero mote.

En otro aspecto, también debemos recordar que aunque no haya Iglesia local importante en algunas de las grandes potencias actuales, eso no significa que esa realidad, en cierto sentido "exterior" a la Iglesia por falta de presencia ponderable, no tenga una inmensa importancia en la vida de la Iglesia, puesto que el mundo forme un solo sistema cerrado, donde los Estados con insignificantes Iglesias locales, pueden tener una incidencia decisiva en la vida actual de las Iglesias.

Todos estos aspectos están especialmente presentes en el centro de la Iglesia Católica, en Roma. Son más difusos, más lejanos, en relación a la conciencia de cada Iglesia local latinoamericana. Nosotros tenemos la tentación permanente, y es natural, de erigir nuestra pequeña Iglesia local en el ombligo de la Iglesia y pensar que las necesidades de nuestra Iglesia local coinciden automáticamente con la dinámica mundial concreta del pueblo cristiano, que está tan repartido, y del que no somos más que fragmento. Por otra parte, es natural que cada Iglesia local luche por influir al máximo en el centro unificador de la Iglesia, para incidir más en la resultante general. Todos aspiran a que el centro directivo coincida con su localización particular, pero eso es una contradicción inherente a la dinámica de la historia de la Iglesia. Si no tenemos esto bien claro, caeremos en una visión ingenua, aldeana, despolitizada.

Y bien, este esquema primero de los de "arriba" y los de "abajo", y dentro de él la Iglesia, exige ser comprendido en su génesis histórica. Pues el mismo es un resultado de siglos de historia. Nos interesa acentuar lo que tiene que ver con América Latina, porque es una historia tan rica y compleja que desborda el marco de una charla.

5. "Los nacimientos deciden".

"Los nacimientos deciden". Me gusta repetir esta bella frase de Holderlin pues creo que es muy verdadera: según nazca algo, eso va a tener un rol decisivo en el curso de toda su historia, ya se trate de un niño, un noviazgo, una vocación sacerdotal, etc. Entonces, para entender bien las características de nuestra propia situación conviene remontarse a los nacimientos de ella. Es importante ubicar bien la situación de la Iglesia en el contexto inaugural de América Latina, que comenzó hablando español y portugués; se han ido los españoles y portugueses, y

continuamos con la misma lengua. Los nacimientos deciden. Y la lengua es la más viviente y profunda tradición cultural de un mundo.

En el siglo XVI se inicia la historia universal de modo concreto. No es que antes no la hubiera, la hubo siempre, pero los hombres no lo sabían ni la vivían concretamente. No había un entramado efectivo, real, que comunicara a todos los hombres y Estados y culturas. Había sociedades que no sabían que existían otras sociedades. La historia comienza a mundializarse, a formar un sistema único, cuando Europa, a través de Portugal y España, atraviesa los océanos. Cuando se encuentran en el camino a la “isla continental” americana, cuando ellos iban hacia la otra punta de la Isla Mundial, o sea el bloque de tierras que forman África, Asia y Europa. Y en esa misma época se abre lo que se llama la “modernidad”, que es el gran lío que los católicos no hemos resuelto hasta hoy.

#### 6. La cristiandad, ¿remanso o tempestad?

Antes del siglo XVI, en la peninsular y pequeña Europa, la Iglesia desde los tiempos del Imperio Romano había generado tan fuertes vigencias que formó un vasto continuo histórico denominado “cristiandad”. Ella es una señal de cómo la Iglesia Católica europea, bien o mal, se las había ingeniado durante siglos para resolver los problemas nuevos que se plantean incesantemente, generación por generación. Es muy tonta la representación vulgar de la “cristiandad” como un largo remanso, aproblemático. No es verdad esa visión idílica retrospectiva. La cristiandad fue una lucha continua, con conflictos de toda especie, esplendores y decadencias, corrientes nuevas, herejías, amenazas internas y externas, etc. Fue un gran lío incesante. La cristiandad no fue un estanque, sino una tempestad, porque aún en sus remansos, todos los siglos son y tienen siempre tempestad. Y los que generan vigencias tienen que ser muy buenos navegantes, porque jamás faltan competidores.

En ese proceso secular en el que se forma la Europa actual, hasta el siglo XVI, la Iglesia en alguna forma tuvo la vitalidad de reabsorber siempre la disidencia, los retos de los más diversos órdenes y los trascendió, mantuvo la orientación general del ritmo de la sociedad. Para eso hay que ser lo más enérgico y amplio de esa sociedad. Pero eso va a entrar en crisis radical en el mismo momento que el pequeño mundo agrario-urbano de Europa empieza a convertirse en potencia mundial. En el siglo XVI Pizarro y Cortés y Bartolomé de las Casas son contemporáneos de Calvino y de Lutero. O sea, cuando Europa empieza su historia universal, es cuando se fractura, cuando estalla la escisión interior de la Reforma Protestante y la Reforma Católica. La Iglesia no supo resolver el asunto y Europa se partió en dos zonas. No supo resolver como antes los problemas que tuvo planteados. Generar vigencias es interpretar y actuar mejor que otras para responder a los problemas de una época. En gran medida, una ortodoxia es vigorosa, cuando es capaz de reabsorber en su seno a las herejías que suscita; cuando no puede hacerlo, esa ortodoxia se estrecha, se empobrece, carece de dinámica creadora. Y entonces tiene su castigo: no genera vigencias. Y para vivir debe retraerse. Por eso San Pablo decía que las herejías son necesarias, son la prueba de la potencia espiritual de una Iglesia. Cuando se tema a la contradicción y se añora la mera identidad entonces ha comenzado el exilio de la vida y de la fuerza de la fe y de la esperanza.

En este mundo partido, protestantes y católicos van a luchar más de un siglo. El asunto, aparentemente, termina en Westfalia, con un empate. Parece que se congela la división. Pero

en la historia, eso no ocurre nunca. No hay empate. En el empate hay siempre un ganador. La Iglesia, antes, no había empatado, salvo en el cisma de Bizancio. Ahora el empate era su mayor desastre histórico. Se entiende, todo esto dentro de Europa, y no olvidemos que Europa hasta el siglo XVI es minúscula, que el Islam, que la India, que la China son mucho mayores. Hay que insistir, pues tenemos una trivial imagen “eurocéntrica” de la historia. Creemos que la historia de Europa es toda la historia. Y nos imaginamos un único proceso lineal en que la cristianización fue ascendente. No es así, hoy la Iglesia Católica, es infinitamente más mundial que en todo el tiempo de la célebre “cristiandad”, cuando el mundo le era “ancho y ajeno”. La cristiandad medioeval nunca fue el mundo, solo un pequeño mundo.

El empate del siglo XVII, es el comienzo del dominio mundial de las potencias protestantes, principalmente Inglaterra y luego los Estados Unidos, aunque Alemania haya sido siempre la usina intelectual del protestantismo. Como dice el gran teólogo norteamericano Niehbur, es el protestantismo liberal el que está en el subsuelo de las vigencias ideológicas del “Occidente” desde el siglo XVIII hasta ahora. Sobre esto habría mucho que hablar. Si decimos que el protestantismo liberal es la ideología básica de las naciones “occidentales” dominantes, lo es también de las clases dominantes “mundiales”. Pero esto nos llevaría a terrenos nuevos y muy complejos, demasiado impregnados de “ecumenismo”.

#### 7. Cuando las vigencias cambian.

Conviene ahora unas breves precisiones conceptuales para orientarnos con más claridad. Cualquier sociedad o grupo social, portador de un mensaje global, con diferentes rasgos y cualificaciones, tiene en su dinámica histórica tres posibilidades. Hay racionalmente, de modo general, tres posibles y solo tres posibles, en relación a la generación de vigencias dentro de una sociedad. Puede haber, por supuesto, muchos grados en la intensidad y extensión de las “vigencias” tomadas en el sentido amplio de difusibilidad, etc. Vigencia es la más fuerte determinación de una sociedad, aunque no la abarque totalmente. Pueden existir otros grupos sociales dentro de una sociedad con determinadas vigencias que no compartan esas vigencias, pero están altamente condicionados, pues están fatalmente referidos a esas mismas vigencias determinantes.

Y bien, en relación a las vigencias, a los acontecimientos que ellas implican, caben tres posibilidades para un grupo social: 1) resiste, 2) se adapta, 3) asume y orienta.

La cuarta no es una posibilidad, sino la imposibilidad, de las posibilidades, es decir el grupo social ni resiste vigencias, ni se adapta a ellas, ni las asume y orienta, crea sus vigencias, sino que sencillamente desaparece, es arrasado por las vigencias que generan otros. El grupo muere.

Como cualquier grupo social, aunque bajo sus muy singulares modalidades, la Iglesia también o resiste, o se adapta o asume y orienta. O desaparece aunque por la fe esto lo descartamos por la promesa de Cristo. Lo que no quiere decir que la Iglesia no se exponga de continuo a la muerte: muchas Iglesias locales han desaparecido completamente de la historia. La Iglesia de los Alejandrinos, la Iglesia de San Agustín, verdaderos centros intelectuales y espirituales de la Iglesia Católica en su momento, desaparecieron barridas más bien violentamente por el Islam.

Es solo un ejemplo, se podrían agregar muchos otros. Ninguna Iglesia local tiene promesa de eternidad en cuanto a tal Iglesia local. Solo la Iglesia Universal, ligada a Pedro.

Veamos someramente cómo se ha dado en la historia el conjunto de las tres posibilidades, que no están nunca completamente separadas. Todo ser viviente, para vivir debe resistir, debe adaptarse, debe asumir y orientarse de algún modo. Se trata entonces de un énfasis, de un acento. El acento está ya más en una preocupación por resistir, por adaptarse o por asumir y orientar. Todos se implican como momentos, pero según la coyuntura histórica y la capacidad de respuesta de la Iglesia ante los retos que se le plantean, será más un momento que otro.

La Iglesia de la Europa del siglo III al siglo XVIII de diversos modos asume y orienta. Que lo haya hecho mejor o peor, desde nuestro punto de vista actual, eso es otra cuestión. Nos referimos a las vigencias. Uno puede no compartir modos de vigencia, pero la vigencia es un hecho histórico. Pero desde el siglo XVII, la Iglesia ya no asume y orienta los acontecimientos del centro europeo, en el momento en que ese centro se convertía en centro mundial. Porque ese centro europeo comienza la historia mundial, y eso nos dice que desde el siglo XVII las “vigencias mundiales” en gestación no son tampoco católicas.

Europa comienza la Historia Universal real, práctica, a través de los Estados español y portugués. En esos Estados predominaba en su interior la Iglesia católica, y la expansión de esos Estados implicaba la expansión de la Iglesia, con todas las contradicciones que resulten, pues la Iglesia no sobrevuela la historia. Los sujetos que comienzan la historia universal de Europa, a su vez, van a ser derrotados, en el interior de la metrópolis europea naciente por el sector que queda controlado por el protestantismo y que son fundamentalmente Holanda e Inglaterra. Así de la primera ola, quedará América Latina, y de la segunda ola los Estados Unidos y Canadá. Las fracturas de Europa se proyectan necesariamente en el resto del mundo, que va siendo incluido en proceso europeo. La contradicción de la metrópolis emergente, se convierte para nosotros en la bipolaridad principal América Latina y Estados Unidos, como arranque original que tiene consecuencias hasta hoy.

América Latina tiene como subsuelo básico el Concilio de Trento, el Barroco. Esto está en la base de nuestro ser originario. Desconocerlo, no alcanzar sus significaciones, es malentender toda la vida católica que haya en el pueblo de América Latina. En cambio en el subsuelo de Estados Unidos está Calvino. Y acá habrá secularizaciones referidas al calvinismo originario. Los hombres ojos del pensamiento norteamericano del siglo XX, aún secularizados, desde William James, pasando por Dewey, hasta Talcott Parsons, vienen todos de esa fuente. Aunque en América Latina el asunto es más complejo, dada la situación de “dependencia”, que hace de nuestros pensadores tributarios de “dos mundos” en una hibris no transfigurada de una nueva originalidad.

#### 8. ¿Secularización o secularizaciones?

Decimos simplemente que una cosa es ser secularizado del protestantismo, otra del catolicismo, otra del Islam, otra del Hinduismo. La “secularización” en general no existe, está siempre referida a determinados supuestos particulares, que le otorgan distintas significaciones.



No ocurre la secularización o el ateísmo de modo uniforme, se es ateo de algún Dios, de alguna forma religiosa, que no es Dios mismo. No se es secularizado a secas, sino “secularizado de”. Aunque hoy se habla de la secularización que significó la historia de Israel, no es esa la que nos atañe más inmediatamente en el acontecer histórico: a nosotros nos viene no de Israel, sino de la Ilustración, nos viene del siglo XVIII. No creamos que con decir Israel se secularizó, hemos resuelto todas las formas de secularización y exorcizado todas las significaciones. Nos sería demasiado cómodo. Nos hace saltar por todas las mediaciones concretas de la historia, y pretendiendo “historicidad” destruimos la historia y la historicidad.

En Israel hay secularización en relación a las religiones y cosmogonías de la cultura mesopotámica, egipcia, cretense, etc. Pero la secularización “moderna” viene principalmente a través de la lógica propia del protestantismo. En cierto sentido, el protestantismo crece dividiéndose, se difunde escindiéndose, mientras que la Iglesia Católica se angosta, se estrecha al dividirse, aunque por supuesto haya infinitas multiplicidades en su seno. La continuidad de la Iglesia Católica se mantiene a través de sus divisiones, la del protestantismo en cierto modo es al revés, sus modos de dividirse son su continuidad. Claro, esto es solo un esquema que habría que matizar.

En el siglo XVII, por ejemplo, acaece la más radical secularización del Estado, y la reducción de la religión a lo “privado”. Y es que en Inglaterra la lógica del protestantismo generó múltiples iglesias y ese hecho termina secularizando al Estado porque el Estado ya no podría reflejar la opinión, la creencia, de una sociedad masivamente perteneciente a una sola Iglesia. Un ejemplo es elocuente: el matrimonio civil, que tanto conflicto suscitó en América Latina en el siglo pasado. El matrimonio civil se originó bajo el parlamento de Cromwell, y nace de un acuerdo, o imposible acuerdo, entre múltiples sectas protestantes que no podían proponer universalmente un solo tipo de matrimonio religioso, que abarcara a la sociedad en su conjunto. Y entonces resuelven que el Estado case “civilmente”, pero ese no fue el objetivo originario de ninguna de ellas, ni de Lutero, ni de Calvino. A nosotros nos llegó por escisión religiosa-secularista y tomó otra dinámica. Pero no son estos aspectos los que ahora nos interesan.

#### 9. La Iglesia una sociedad dependiente.

El hecho es que desde el siglo XVII y especialmente el siglo XVIII es de modo general, el protestantismo liberal el que genera las vigencias más universales. Ustedes saben que Locke, que es también un calvinista secularizado, es el que inspira la Constitución de Estados Unidos, y que esa Constitución tendrá inmensa importancia en la formación de los Estados Latinoamericanos en el tiempo de la primera independencia y balcanización.

Desde aquellos tiempos, la Iglesia Católica, que atravesó en el siglo XVII su época más pobre en todos los sentidos, tuvo un aplastamiento que culmina a fin de siglo hasta con la prisión del Papa, en una Roma totalmente marginal de la Europa de entonces. Así comienza el ciclo “defensivo” de la Iglesia Católica que de modo general llega hasta el Concilio Vaticano II. No se resiste sin adaptarse algo. Resistir es como una autoafirmación desesperada. Lleva el repliegue sobre sí, a la fortaleza. Resistir es incapacidad de generar vigencia y solo sobrevivir ante las vigencias que otros hacen. Resistir es depender, pues se lucha en el terreno que eligen otros, que imponen otros. Así, podemos decir que la Iglesia Católica es, claramente desde el siglo

XVIII hasta hoy, una “sociedad dependiente”. Claro, un tipo de “sociedad dependiente” muy distinta que los Estados Latinoamericanos, pero creo que vale el concepto. Dependencia no es nunca total, porque eso sería desaparecer. La dependencia implica una cierta independencia básica, aunque ésta no llegue a autorrealizarse con cierto grado importante de libertad.

Sociedad dependiente, eso es la Iglesia desde el siglo XVIII, y eso se manifiesta en su enconada resistencia. En no poder más que resistir. Y en añoranza proyectada más hacia el pasado que hacia el futuro, pues el resistente añora las épocas en que asumía y orientaba. De allí el “medievalismo” de la Iglesia Católica desde comienzos del siglo XIX. Solo que la memoria de los tiempos en que tenía energías para generar vigencias, su “repetición”, era justamente el modo por el cual la Iglesia sería incapaz de generar vigencias en nuestro mundo. No es añorando las respuestas eficaces a otra situación y tiempo, con lo que se va a responder eficazmente a su tiempo. Es el modo seguro de ser incapaz de responder, pues es hacer al revés de lo que hicieron los católicos medievales para generar vigencias. Claro, en tiempo de derrota, la memoria es un sostén. Pero el verdadero y dinámico sostén es más bien la esperanza, la audacia del proyecto, que la repetición de lo que fue, y que por haber sido no será.

La Iglesia como sociedad visible en la historia se repliega y no asume ni orienta el proceso, que lo empieza a hacer otro. Si otros lo hacen, entonces o resisto o me adapto. No hay otra alternativa. Pues la Iglesia no tuvo energía para asumir, para realizar una negación “asimiladora y superadora”, solo se limitaba a “refutar” estáticamente. Su lucha principal es refutar, aguantar en sus trincheras. Repeler al adversario. Y no hay duda de que la Iglesia generó una inmensa repelencia. Si yo solo refuto, quedo en el campo de las vigencias dominantes, son ellas las que me mueven en última instancia. Así, por ejemplo, el pietismo protestante, individualista, sentimental, genera indirectamente formas del pietismo individualista católico, porque son esas formas las que imponen su ritmo.

#### 10. De la resistencia a la adaptación.

De modo global, recién en el Concilio Vaticano II la resistencia comienza a convertirse en adaptación. Eso es el “aggioramento”. La puesta al día, a un día que hacen otros. Pues no se salta de la resistencia a la asunción del otro, sino a través de la mediación de la adaptación, cuando se pasa de la contracción de la refutación al “diálogo”. Empieza a predominar lo adaptativo sobre lo resistente. Y aquí vemos los dos riesgos posibles de esas dos formas de dependencia: el riesgo de la resistencia es el enquistamiento, la coraza, la rigidez, el anquilosamiento; el riesgo de la adaptación al otro es sencillamente disolverse en el otro. Es lo que nos está ocurriendo ahora, en muchos niveles. De tanto servir al otro, sin Iglesia y sin Cristo. Los dos límites contrarios de estos dos momentos dependientes son o integrista o secularización. Dos caminos de muerte. Si no se trascienden como preparación del asumir y reasumir al otro y generar nuevas vigencias.

Hoy estamos en la inversión de la problemática de la Iglesia; antes la identidad quería ser inmóvil; ahora se es tan móvil que se pierde la identidad.

Es una fortuna que estemos en el momento de la adaptación, que exige una penetración en los problemas del hoy mucho más profundamente que el puro resistir refutador. Pero un diálogo que no incluya la dureza de la refutación, termina siendo un monólogo aguachento, un

monólogo con el otro vencedor, pues hoy, abrirse al mundo es abrirse a las vigencias más poderosas de los otros, más fuertes que nosotros. Y solo si Dios es nuestra fortaleza, si tenemos una confianza radical en el Espíritu y su acción en la Iglesia que existe hoy, que está moviéndose a escala gigantesca, solo así saldremos adelante en esta prueba dolorosa y necesaria. Los meros mimetismos terminan siendo otro modo de capitulación.

#### 11. Asumir para superar.

Obviamente, asumir y orientar un proceso histórico real, exige pues como condición sine qua non el conocer al otro, el penetrar a fondo en la lógica de las vigencias actuales, el empaparse ellas hasta los tuétanos para poder superarlas realmente, para responder con verdad, es decir con adecuación a lo real. Si soy meramente un resistente, y digo Hegel y Marx son ateos y eso me basta, y eso me cierra sobre mí, eso no es camino. Los teólogos del siglo pasado detectaron muy bien el ateísmo de Hegel y Marx y lo denunciaron. Eso es cierto, eso es verdad. Pero no basta. Era necesario penetrar profundamente en sus razones, descubrir los nuevos problemas que planteaban. Eso no se hizo. Y ahora, una o dos generaciones de católicos van a morir de empacho tratando de asimilar y comprender a Hegel y a Marx. Lo más factible es que muchos mueran de esto, pues nadie se come a Hegel y a Marx impunemente, y no es nada simple la tarea de “superarlos”. Lo probable es que ellos se coman a sus nuevos interlocutores. Pero ese es el costo, el precio que la Iglesia tiene que pagar históricamente para poder “reasumir” finalmente y tener la palabra justa para decir la Palabra a nuestro tiempo. Dios no nos ahorra ni trabajo ni peligros, por el contrario, nos lanza a ellos, y prueba la fidelidad, su potencia.

En suma, para trascender a algo, lo tengo que incorporar de algún modo a mí, entendiendo por mí a la Iglesia. Eso hicieron los cristianos con toda la cultura helenístico-romana. Esto acaeció en plena Edad Media cuando el “averroísmo” era la energía intelectual más poderosa y un Tomás de Aquino la reabsorbió con genialidad. Solo se supera lo que se digiere bien, porque el otro siempre es alimento muy fuerte, y tomarlo en serio es riesgo de quedar ulcerado. Pero aquí no se trata de “devorarlo” para matarlo, sino para salvarlo, en esa singular dialéctica de la muerte y la resurrección en que estamos inmersos.

#### 12. Un peligroso riesgo.

Todos estos problemas no acaecen en abstracto, sino dentro de una estructura geopolítica, cultural, muy concreta, que ya vimos anteriormente. Ese es el “mundo”. Y entonces, a partir del Concilio Vaticano II, la Iglesia que en mayor o menor grado tiene una patita en cada uno de los protagonistas históricos del momento, se abre a todo, mundialmente necesita un pensamiento totalizador a escala mundial, a escala de la Tierra. Y el aggiornamento y la adaptación, la apertura, la ponen en relación con todas las contradicciones de la Tierra, de un modo antes jamás intentado. De allí la impresión de “loquero”. Hay que ser muy fuerte, hay que estar muy arriesgado en Cristo para atravesar toda esta loquibambía, que es de la humanidad entera, para misionar bien. El diálogo con los otros, ha convertido a la Iglesia, internamente en un “ring mundial”, en cuya intimidación luchan todos los otros en nosotros. No cualquiera puede aguantar tantas presiones contradictorias, y entonces muchos quieren volver a la fortaleza y otros simplemente pasarse a “los otros” para recuperar una cierta tranquilidad. Las tensiones a que estamos sometidos lindan en lo insostenible, pero ¿no queremos recoger auténticamente los retos de nuestro tiempo? Ayer muchos tuvieron el heroísmo de resistir,

ahora veremos si nosotros tenemos el heroísmo a que estamos llamados, que es el de asumir, transfigurar, reorientar. Eso está por verse. Veremos si somos efectivamente mejores que los resistentes de ayer. Veremos si somos lo que decimos o creemos ser. El juicio lo harán otras generaciones de cristianos, que tendrán como problema nuestra herencia.

Así, para mostrar los grandes desafíos, la Iglesia se abre mundialmente al diálogo, es decir, al conflicto peligroso, abrazando a todos, que son enemigos entre sí. Diálogo con el “mundo”, es diálogo con muchos y diversos hermanos enemigos, contradictorios. Con el “ecumenismo” se abre al mundo dominante en Occidente, el del protestantismo, busca comprender a las Iglesias fundamentales del mundo capitalista. Con el “ecumenismo” se abre a las antiguas Iglesias ortodoxas del Oriente europeo en el área socialista y que por situación y por historia propia, están como en las antípodas del protestantismo. Eso es también en cierto sentido, un diálogo “liberal”. Intenta dialogar con el mundo socialista en sus varias versiones y situaciones, y el diálogo marxismo-cristiano toma muy distintas connotaciones y hasta significaciones si se hace en Europa Occidental y Oriental o si se hace en el Tercer Mundo, en especial en América Latina. No es un diálogo con “un” interlocutor, sino muy diversificado y con graves conflictos internos de distinta índole. Quiere contribuir decisivamente al Tercer Mundo y debe transfigurarse y arraigar en diversas culturas, desde el África negra, al Islam, pasando por el mundo abigarrado de la India. Necesita movilizar a los pueblos de América Latina, donde tiene hondo arraigo, para contribuir a su autorrealización, a su liberación, y eso es grave conflicto con las corrientes socio-culturales de Estados Unidos y de Europa; de tal modo en un panorama mundial dominado por los imperativos contrarios de la Coexistencia Pacífica y de la lucha del Tercer Mundo por la industrialización, la modernización y nuevas formas de socialismo, la Iglesia, que es la única “unificada” en todos esos ámbitos, recibe en su seno todas las contradicciones del mundo contemporáneo. Es una fragua que le hará explotar o con una energía tremenda dar un gran salto hacia adelante. No va a ser fácil ni rápido, entendiendo por “rapidez”, la vida de una o dos generaciones, cosa que en escala macro-histórica es insignificante.

La reasimilación del “evolucionismo”, por ejemplo, esa inmensa novedad cosmológica y biológica del siglo XIX, le costó a la Iglesia desde Darwin a Teilhard de Chardin casi un siglo exacto. Para muchos fue demasiado, les costó la vida. Para otros mirándonos desde un posible año 3.000 acaso crean que Darwin y Teilhard fueron contemporáneos y hasta se confundan. Nos pasa a nosotros con cuestiones del siglo V o del siglo VIII. Pero lo evidente, es que en la situación actual, ya la “resistencia” carece de todo sentido, salvo integrada en el movimiento principal que debe ser de asunción y orientación. Este movimiento solo lo vislumbramos, estamos en un umbral.

A esta altura de las cosas, el asalto de los nuevos problemas es inmenso. Las grandes potencias rectoras, Estados Unidos y la URSS, no tienen en su seno las principales Iglesias Católicas. Pero imposibilitadas de una guerra frontal, la batalla ideológica necesita mediaciones, y no es extraño que nos agarren como uno de los lugares más privilegiados para su despliegue. El diálogo de cristianos y marxistas en Salzburgo, entre minuets de Mozart, entre gorditos capitalistas o neocapitalistas, puede orquestarse dentro del creciente intercambio del Mercado Común y el Comecon, pero cuando ese diálogo pasa al mundo de los “flacos”, al de América Latina, entonces cambia su naturaleza, llama a la represión, y la sangre altera el

corazón y la cabeza de la gente. Todo esto repercute en muy diferentes formas en toda la dinámica de la Iglesia mundial.

### 13. Fiel al desafío de nuestro mundo.

La Iglesia pues se mueve entre halagos que son amenaza, entre interlocutores equívocos, queriendo ser usada por todos, y de algún modo debiendo usar de quienes la usan, para andar. Todo esto terminaría en la incongruencia. Si el conjunto de la Iglesia finalmente no logra formularse de modo de incluir y transformar dentro de sí las mayores esperanzas del mundo de los pobres, y darles sentido y una eficacia. Ser “católica” prácticamente, ser mundial, convivir con todos los mundos fundamentales de nuestra época es la gran desgracia y la gran chance de la Iglesia. Ese conjunto de adaptaciones y retos de y en situaciones todas contradictorias, hace que la ingenuidad sea insostenible e imperdonable: pronto el diálogo con el mundo, de rosado y optimista en las primicias del Vaticano II dio una vuelta de campana; y ese diálogo mundial nos convirtió en una bolsa de gatos. O somos fieles a todos los retos reales que tenemos y los miramos de frente, y asumimos la gigantesca tarea de reintegrarlos en una perspectiva dinámica y global de la Iglesia en el mundo actual, para ser real fermento de la totalidad de ese mundo que hoy, con todas sus contradicciones forma un solo sistema cerrado y donde un paso adelante es fatalmente un paso de dimensión mundial; aunque nazca y se genere principalmente en determinadas particularidades que hoy parecen ser las del Tercer Mundo; o de lo contrario sufriremos un fracaso no menos “gigantesco” y será verdad eso de que algunos hablan, lo del “pequeño resto” por unos cuantos siglos. Confieso que no me gusta nada la resignación “elitista” y petulante del “pequeño resto”. Me gusta que la Iglesia sea más pueblo en todos los pueblos.

### 14. Solo un amor inteligente.

Como puede apreciarse, los retos tienen dimensiones inseparables de índole práctica y teórica. Como todos habla de “práctica”, no voy a ahondar sobre ella, sino más bien hacer hincapié en la importancia práctica de la dimensión teórica. En el imperio romano la Iglesia no se difundió solamente porque fueron muchos los mártires, los cristianos que se dejaron comer por los leones, sino que eso acaeció porque ese movimiento formidable de pequeñas iglesias, tuvo la potencia teórica de reabsorber los mundos intelectuales greco-romanos, que le eran extraños y poderosos, y que supo recrearlos radicalmente en una hazaña de suprema inteligencia. Mártires inteligentes. Porque ahora no vamos a pensar que cualquiera que se mete corriendo en un túnel oscuro y se cae en un pozo y se hace papilla, ese sea un mártir, y menos aún un mártir inteligente. El asunto de caminar sin saber dónde y cómo camino, no arregla nada del mundo ni de la Iglesia. Y eso les está ocurriendo a muchos.

El reto histórico que tiene la Iglesia ahora, creo, es el más alto de su historia, mayor aún que cuando nacía en el Imperio Romano o cuando la Reforma, solo con un pensamiento el más profundo y el más mundial, va a ser capaz de salir de esta crisis, de la que no se sale sola sino con el “mundo”. Nuestra época nos exige el mayor amor, el más inteligente. Porque un amor sin inteligencia, no es amor. Una práctica que no sea profundamente teórica es agitación. Un amor que no ve, que se ciegue, se niega a sí mismo. Si no veo lo “otro” realmente, entonces en el fondo estoy contemplando lo bueno que soy yo. Y no olvidemos que todo narcisismo toma la máscara del amor al otro. Es el más perverso.

## 15. La hora de América Latina.

Terminemos. Les contaré mi convicción más honda sobre el derrotero actual de la historia. Creo que América Latina vive un momento privilegiado de su historia. Creo esto porque es el momento donde se juega su libertad y su capacidad de protagonismo histórico. En estas tres décadas venideras o crece o muere. Y dentro de América Latina, la Iglesia. ¿Por qué es tan importante, más que nunca, el papel de los católicos en América Latina? Porque América Latina es la gran zona cristiana del Tercer Mundo, es la zona de origen católico más “dependiente”, y a la vez cuenta en su seno de inmensos recursos materiales y culturales, que la ponen como una “singular mediación” entre los modernos mundos dominantes y el Tercer Mundo. Lo que haga la Iglesia en América Latina, tendrá un inmenso papel en todo el Tercer Mundo. Será la entrada mayor de la Iglesia en el Tercer Mundo, su aporte más decisivo. Y a la vez, por ser de algún modo, América Latina, menos distante de la “modernidad” que el resto del Tercer Mundo, podrá incidir decisivamente en el destino de la Iglesia de Europa en Estados Unidos en el bloque socialista europeo. América Latina y su Iglesia tienen una gran chance, y creo que por nuestra Iglesia pasa de algún modo la chance de la Iglesia Mundial. Que tengamos la chance, no quiere decir que estemos a la altura de esa chance, que sepamos realizar lo que nos corresponde. Pero el hecho, me parece que es eso. La chance de renovación mundial de la Iglesia, pasa por América Latina, y eso nos carga de grave responsabilidad.

Esta idea no la creo aventurada. Si examinamos la historia, veremos que las grandes metrópolis mundiales llegan pronto a un punto de saturación, que no pueden renovarse desde sí mismas, y que la liberación les viene desde las zonas marginales de su centro de poder. El Imperio Romano estaba saturado, y desde el pequeño y marginal Israel, salió la fuerza transfiguradora. Podríamos multiplicar los ejemplos en todas las sociedades y en todas las épocas. Es una constante histórica muy singular. Si nos quedamos en la historia misma de la Iglesia Católica, nos basta recordar dos episodios. Cuando el cisma de la Iglesia Ortodoxa de Bizancio. Allí el gran poder era bizantino, y la Iglesia de Occidente estaba sumergida en la marea de los pueblos bárbaros. Bizancio era la sociedad y la Iglesia opulenta de entonces, y Roma era ya una pobre ciudad marginal. Y así, presintiendo la ruptura, el Papado lanzó misioneros al extremo más marginal del mundo, a Irlanda. Y fueron los monjes irlandeses los que realizaron la evangelización y gestación de la Europa actual. La Iglesia de Bizancio no pudo renovarse desde sus márgenes, y quedó en una larga agonía de inmovilismo. Cuando el siglo XVI, en tiempos del descubrimiento de América y la división de Europa. ¿Qué aconteció? Se rompió el eje más dinámico del mundo medieval, el eje franco-alemán. Y fue la Iglesia marginal de España, la que comunicó energías para la Reforma Católica, que ha modelado la Iglesia hasta hace poco. Y en ese mundo mediterráneo que sostuvo a la “Iglesia resistente”, que controló su centro, tuvo que dejar paso al Concilio Vaticano II, obra franco-alemana, que repitió en mi concepto, por última vez el clásico corto circuito europeo. Pero Europa ya no es el centro del mundo aunque estén allí las más añejas fuerzas de la Iglesia. Ahora Europa ya no conduce al mundo, pero es tan próspera, que no vive trágicamente la dependencia, la dialéctica terrible del amo y del esclavo. Los que hacen la historia, son los amos y los esclavos, no los mayordomos distinguidos. Europa es demasiado rica cuando ha dejado de ser creadora de la historia. Se expone a un “limbo” idealista. Ese es el peligro también, en consecuencia, de la teología católica europea. Por eso, creo que este ámbito dependiente, dramático, de América Latina, en su vasto mestizaje, en su ambivalencia, entre lo “moderno” y lo

“tradicional” es posible que cuente con las energías inauditas de los marginales cuando los opulentos se atracan. Recientemente, Paul Ricoeur, es un excelente artículo titulado “El conflicto ¿signo de contradicción o de unidad?”, reconocía angustiado la ausencia de proyecto colectivo en las sociedades “avanzadas”, ya capitalistas, ya socialistas europeas. No incluía a China, por supuesto. Como un gran hastío recorre a los opulentos, han perdido horizontes. La protesta hippie es solo un síntoma. ¿Y entonces? Entonces es el momento de los marginales. Así como el socialismo marxista de la Segunda Internacional pasó de la “belle époque” europea a su renovación en el mundo atrasado de Rusia, así la Iglesia de hoy, creo, se renovará en nosotros. Por lo menos, así percibo la estructura de nuestro momento histórico. Y hay síntomas de ello: por primera vez en la historia, la Iglesia de América Latina se ha puesto en marcha con sus propios pies en Medellín. Es solo el primer augurio. A nosotros corresponde tomar conciencia de las dimensiones de la nueva chance y de la nueva y dura tarea. Pero está escrito en el Apocalipsis, que el ángel arrojará a los tibios por su boca.